

CAPÍTULO III

EL ORIGEN HISTÓRICO DEL COOPERATIVISMO DE CONSUMO

El primer problema a dilucidar consiste en determinar el origen doctrinal del cooperativismo de consumo; si ese movimiento tiene su fuente en los asociacionistas franceses e ingleses anteriores a 1848 y si, en sus rasgos esenciales, ha permanecido fiel a las doctrinas socialistas en las cuales se gestó.

Tomémonos el trabajo de remontar hasta los comienzos del siglo XIX; abramos algunos gruesos libros polvorientos, escritos hacia esa época por los socialistas asociacionistas o gremiales, tanto en Francia como en Inglaterra, de los que los principales son Carlos Fourier, Roberto Owen, Guillermo Thompson, Proudhon, Luis Blanc, Pedro Leroux, Cabet, Buchez.

Ninguno de estos autores tuvo la idea precisa del cooperativismo. Sin embargo, durante todo ese periodo, el movimiento cooperativo, entendido en el sentido amplio del vocablo, y el movimiento socialista, estaban tan próximos uno del otro, que a decir verdad casi se confundían totalmente.

Y esto ocurría hasta en las palabras mismas. El término “cooperación” fue empleado por la primera vez por Roberto Owen en 1821. Representando entonces la antítesis de la palabra competencia, no dejaba de ser sinónimo de la palabra socialismo, casi de comunismo. “Por cooperación, escribe el biógrafo de Roberto Owen, M. Eduardo Dolléans, Roberto Owen entendía hablar de comunismo, cuando oponía el sistema individualista de la libre competencia al sistema de cooperación mutua. Las primeras sociedades cooperativas que fundaron sus discípulos son asociaciones cuyos miembros aportan una cuota semanal con el único propósito de acumular el capital destinado a la fundación de colonias comunistas. La cooperativa de producción colectiva es la preocupación esencial de los primeros congresos cooperativistas ingleses de 1831-1832.”¹

Lo mismo que Roberto Owen, Fourier, Luis Blanc, en suma, los socialistas de la primera mitad del siglo XIX, en sus mal disciplinados esfuerzos

¹ DOLLÉANS: *Roberto Owen*, París, Georges BALLAIS, 1905, p. 176.

por concebir como podría esbozarse el mundo nuevo, ponían su mira en el cooperativismo, que no distinguían de la asociación en general. De ahí viene que con toda propiedad esos socialistas hayan sido llamados socialistas asociacionistas o gremiales lo que quiere decir que para ellos la asociación libre debe bastar para solucionar los problemas sociales, a condición de estar organizada según un plan cuidadosamente elaborado. Por esta convicción fundamental difieren de los sansimonianos, quienes consideraban que el remedio para los males de la sociedad era la socialización que, en cierto modo, entendían como una simple estatización; de aquí que los sansimonianos aparezcan como los precursores del colectivismo de Estado, tal y como Rodbertus y Carlos Marx debían concebirlo más tarde.

En el extremo opuesto del pensamiento colectivista, que confiaba plenamente en el Estado para organizar y dirigir la producción económica lo mismo que para hacer reinar la justicia, los socialistas asociacionistas lamentan ver el rápido crecimiento del poderío y, nos permitiríamos decir, las dimensiones del Estado. Nadie ha repudiado el estatismo con más fuerza que Proudhon, quien debía lanzar contra el poder público sus más furiosas imprecaciones; pero Proudhon va más allá del asociacionismo para caer en el anarquismo ultraindividualista. Estas dos doctrinas profesan la idea de que el resorte de toda acción colectiva fecunda, es la voluntad individual, el esfuerzo de un número de seres humanos, pequeño con frecuencia, y temen que se esterilice al individuo, que hasta se le triture en el gran anonimato del Estado. Para salvaguardar la integridad de la persona humana, lo mejor, afirman, es recurrir a la formación de pequeños grupos autónomos que se federarán libremente entre sí. Y es de esos grupos espontáneos de los que esperan obtener la más adecuada organización económica en bien del interés general. Es evidente el estrecho parentesco intelectual que une a estos grupos con nuestras sociedades cooperativas de consumo, que nacen y se administran libremente.

La brusca aparición de la idea de la asociación gremial dentro de sus especulaciones teóricas, fue una revelación maravillosa para los socialistas de la escuela asociacionista. Es Owen quien escribe en 1821: "Se ha revelado el secreto: es la cooperación integral de parte de todos los miembros y para cada fin de la vida social." Es Fourier, exclamando por la misma época: "¡Hoy, Viernes Santo, encontré el secreto de la asociación!"

Así pues, los miembros de esta escuela no han usurpado el nombre de asociacionistas que se les dio. ¡Pero no se quedaron en esta idea general! Para nuestra desgracia, y la suya, su ambición respecto a esas futuras asociaciones fue desmesurada. Según ellos, el fin de esos organismos no

es otro que el de crear artificialmente un medio totalmente nuevo, un ambiente mucho más favorable al libre desenvolvimiento de las energías individuales. En efecto, los asociacionistas pensaban que el medio social de su época era adverso. Deplorablemente ficticio, ahogaba las energías individuales y conducía al hombre al egoísmo y al mal. Se reconoce en esto la tesis, tan célebre como falsa, que J. J. Rousseau hizo famosa, de que el hombre nace bueno, pero que la sociedad lo ha pervertido. Herederos de este pensamiento cardinal del siglo XVIII, Fourier y Owen están íntimamente convencidos de que las asociaciones con que sueñan serán capaces de dar al hombre su verdadero ambiente, una atmósfera más libre y verdaderamente nueva.

Por esta creencia en una palingenesia, en una regeneración de la sociedad, los asociacionistas se revelaron profundamente utópicos. No hay duda que esa fue una de las causas de su fracaso, porque más tarde, tanto la experiencia como el razonamiento han estado de acuerdo en admitir que nuestro medio no es artificial, sino la expresión de lo que el hombre es en sí mismo: es decir, un ser egoísta y limitado. Razonamiento y experiencia demostraron también la absoluta impotencia de las asociaciones imaginadas para regenerar, a la vez que la naturaleza del hombre, el medio humano.

Tal fue el error, quizá el más grande, en que incurrieron los socialistas de los años de 1810 a 1840 y que sin remisión los desacreditó ante los ojos de sus contemporáneos, razón por la que éstos, peligrosamente, aceptaron los reproches de Carlos Marx, quien orgullosamente se jactó —sin ninguna razón— de mantenerse científico. Sin embargo, sería un error repudiar toda la ideología socialista de la primera mitad del siglo XIX sólo porque contenía un elemento utópico. Si tuviéramos que pasar por una criba igualmente severa todas las construcciones sociales que han ido hacinándose desde hace varios siglos, serían muy pocas las que resistieran la prueba. Nuestra tarea es ahora, aleccionados por cien años de experiencia, separar el buen grano que en las doctrinas pasadas anda mezclado a la cizaña. ¡Repudiamos, pues, la confianza palingenésica de los asociacionistas, pero guardemos la fe en el valor de la asociación!

En términos generales podría situarse la identidad de origen del movimiento socialista y del movimiento cooperativista entendiendo éste en el sentido amplio del término, hacia la primera mitad del siglo XIX. Pero es preciso profundizar el problema y aclarar lo que recubre esta expresión de movimiento cooperativista.

Hay, como hemos visto, tres grandes categorías de cooperativas: las cooperativas de consumo, las asociaciones obreras de producción y las cooperativas agrícolas de compra y de crédito, de producción o de venta. ¿A

cuál de estas categorías se alude al afirmar la identidad de origen del movimiento socialista y del movimiento cooperativista anterior a 1848? En suma, ¿bajo qué forma concebían la asociación, es decir, la cooperación, los miembros de la escuela asociacionista?

No es posible contestar con precisión a esta pregunta porque los lineamientos de las ideologías varían de un autor a otro. No obstante, un rasgo común los aproxima: todos conciben la asociación bajo la forma de cooperativas de producción. Como Mauricio Bourgain lo expresa tan admirablemente en sus *Systèmes Socialistes*: "En el seno de esas sociedades, la producción, en lugar de ser una función administrativa del Estado o de las comunas, es una función independiente, emprendida por asociaciones libres que no son unidades políticas ni ejercen el poder público. Estas asociaciones, con la ayuda del Estado o sin ella, adquieren la posesión de la tierra y de los capitales productivos: ellas regulan libremente su producción con vista al cambio, sin estar obligadas a someterse a una dirección oficial."²

El principio de todas esas agrupaciones era consagrarse, no al comercio, como fue el fin de nuestras primeras cooperativas de consumo, sino a la producción propiamente dicha.

Fourier, Owen, Luis Blanc, todos están urgidos por la idea fija de que la solución de la cuestión social vendrá de la creación de un gran número de pequeños grupos cerrados dentro de los cuales se logrará emplear toda la fuerza de trabajo de sus miembros. De este modo podrán, si no bastarse enteramente a sí mismos, al menos limitarse a muy débiles relaciones de cambio con el exterior. La institución de estos pequeños microcosmos autónomos fue la panacea con que se ilusionaron todos los inventores sociales o socialistas de principios del siglo XIX. Sea, por ejemplo, el sistema de Fourier: así, el "falansterio" es una vasta colonia cerrada puramente imaginaria, de 400 hectáreas, que debía alimentar a 400 matrimonios y bastar a todas sus necesidades. Tal fue también la colonia Nueva Harmonía, fundada en 1825 por los discípulos de Owen en Indiana, Estados Unidos y donde los colonos decidieron reemplazar la moneda por bonos de trabajo, en proporción al esfuerzo realizado por cada socio; desgraciadamente, la colonia owenista no duró más que seis meses exactamente.

Como se ve, tanto Owen como Fourier, padres declarados, oficiales, del cooperativismo, sólo han considerado el de producción. Hay que agregar que lo imaginaron bajo formas muy variadas, grandiosas, muy diferentes de las modestas asociaciones obreras de producción nacidas hacia 1848

² París, COLIN, 1904, 1ª edición, c. VIII, p. 96.

LA REVOLUCIÓN COOPERATIVA

193

y que debían brotar de nuevo hacia 1880, después del largo eclipse a que las condenó el segundo imperio.

¿Cuál fue la actitud de los asociacionistas respecto del cooperativismo de consumo? ¿El socialismo humanitario anterior a 1848 ha tenido en cuenta el movimiento cooperativo de consumo paralelamente al movimiento de las asociaciones de producción? ¿Conviene atribuir a los socialistas asociacionistas el mérito de haber concebido el mecanismo de la cooperación de consumo, que a partir de 1844 debería tomar un desarrollo tan notable? Muy a nuestro pesar, no es fácil la respuesta.

Como sucede con frecuencia, por no decir siempre, sobre el particular las opiniones están divididas, aun entre los especialistas. C. Gide, con una modestia que mucho le honra, siempre ha considerado a Fourier como el creador de la doctrina cooperativa, aun de la de consumo. Por nuestra parte, pensamos que el mérito de haber establecido por vez primera la doctrina cooperativa, en forma explícita, corresponde a Carlos Gide mismo y a Beatriz Potter-Web, quienes, hacia 1890 —no antes— establecieron las bases de la nueva doctrina.

Al definir Fourier la función del “almacén comunal” que preconizaba, especie de agrupación cooperativa a la vez de producción, venta y crédito, dice C. Gide, escribió las siguientes palabras: “El almacén comunal tendrá por función suministrar a cada individuo todos los artículos de consumo nacionales y extranjeros a los precios más bajos posibles, eliminando las utilidades de los intermediarios, de los comerciantes y los agiotistas.” Pues bien, concluye C. Gide, ¿no es el fin propio de la cooperativa de consumo librar al consumidor de todos esos diezmos parasitarios? Convenimos de buen grado en ello, aunque no sea sino uno de los fines, y no el único, que persigue la nueva institución. No obstante, formular un fin general, un ideal, está bien, pero sigue siendo insuficiente. Sin duda lo más difícil es descubrir el mecanismo apropiado para lograr insertar en la realidad de la vida el ideal formulado.

Pues bien, evidentemente, Fourier ni siquiera sospechó jamás el mecanismo que debería producir el éxito del cooperativismo distributivo. El inventarlo estaba reservado a un discípulo de R. Owen, Carlos Howarth, quien en 1843 fue encargado de redactar el estatuto de la futura sociedad de los Justos Pioneros de Rochdale: a saber, el principio de la distribución de las utilidades en proporción a las compras.

Lejos de haber pensado en eso, Fourier, que estaba muy lejos de ser adversario de las utilidades capitalistas elevadas (prometía 36% de utilidades a sus comanditarios eventuales), sugería que en su “falansterio” se aplicaran al trabajo los 5/12 de las utilidades, al capital 4/12 y al talento de director del jefe de la empresa, 3/12. No hay, pues, ni la menor

idea del mecanismo propiamente cooperativista, la del reembolso de las utilidades a las compras.

En cuanto a los títulos que posee R. Owen respecto a la invención o la creación de las cooperativas distributivas, son aún menores. C. Gide conviene en ello: "Owen, dice, preocupado por realizar en sus ciudades de *Harmonía* la cooperación integral bajo la forma comunista, principalmente de la comunidad de la tierra, se mostró siempre muy desdénso de los almacenes cooperativos; cualquier ensayo de realización parcial le parecía más propio para desacreditar su sistema que para preparar su advenimiento."

Así pues, ¿es una pura leyenda la idea de qué estos dos grandes socialistas idealistas y humanitaristas son los promotores del cooperativismo de consumo y de las asociaciones de producción? De ninguna manera, porque hay muchos grados intermedios entre la verdad y el error. En el orden del espíritu hay toda una gradación de la paternidad en la invención y el descubrimiento de las ideas nuevas.

Ni Fourier ni Owen descubrieron la idea de lo que podrían ser las cooperativas de consumo. Pero por su ardiente predicación a principios del último siglo, ambos suscitaron en las clases obreras de Francia y de Inglaterra una emoción, un entusiasmo esencialmente favorables a la incubación y nacimiento de sociedades de tendencia socializante. Preparado así el ambiente, en los medios proletarios se intentaron ensayos por doquiera. De intento en intento, después de mil locuras y mil fracasos, fue descubierta la idea de la distribución cooperativa de las utilidades. Después de haber sido sospechada por dos obreros fourieristas, que en 1835 fundaron en Lyon una sociedad más o menos vecina de nuestras actuales cooperativas distributivas y le dieron un magnífico título esencialmente fourierista: "Al Comercio Verídico y Social", la nueva idea fue reinventada y precisada en 1844 por un discípulo de Roberto Owen. Indudablemente que los obreros lioneses, en todo caso Carlos Howarth, sólo descubrieron la idea específicamente cooperativa que al fin debería conducir al triunfo, en la medida en que se separaron de las enseñanzas tomadas al pie de la letra de Fourier y de R. Owen. Pero de todos modos, es el idealismo esparcido por doquier en la doctrina de los dos famosos socialistas, es su entusiasmo por la idea de asociación lo que provocó el descubrimiento del mecanismo cooperativo.

Pensamos que, precisado con exactitud, tal es la parte de mérito y de demérito que en esta creación corresponde a estos dos socialistas.

Se ve, pues, que la idea del cooperativismo distributivo es como una prolongación de las ondas que el socialismo asociacionista provocó en nuestras democracias a principios del último siglo. Por lo tanto, parece

que por sus orígenes doctrinales, el cooperativismo de consumo es casi tan específicamente socialista como la asociación obrera de producción.

Precisados así los orígenes históricos —a la vez socialistas e idealistas— del cooperativismo distributivo, se plantea la cuestión de saber si ese movimiento social ha permanecido fiel a sus orígenes.

Responder a esta cuestión obliga, en primer lugar, a precisar los caracteres distintivos del socialismo anterior a 1848. Sabido es que después de la Revolución Francesa se sucedieron dos grandes corrientes socialistas, casi opuestas tanto en sus fines como en sus métodos: a) el socialismo asociacionista anterior a 1848; b) el socialismo marxista, desde 1848.

Sentado esto, investigaremos en qué medida el cooperativismo de consumo, hijo, o por lo menos nieto del socialismo asociacionista, se ha mantenido fiel al movimiento de ideas que le dio vida.

1º Desde luego, primer carácter fundamental, común a los socialistas humanitaristas y al movimiento cooperativo: ni el uno ni el otro han preconizado medidas de violencia, ni la expropiación de las clases poseedoras. Asociacionistas como Fourier, Luis Blanc, cooperativistas como C. Gide y nosotros mismos, no esperamos el advenimiento de un sistema económico nuevo sino del desarrollo progresivo de las células que constituyen, aquí los falansterios, allá, las cooperativas privadas o bien las cooperativas públicas descentralizadas.

Aunque la institución de las cooperativas públicas supone una decisión del gobierno, es ante todo a la competencia a la que los cooperativistas acudimos, como en otro tiempo los asociacionistas; en efecto, estamos convencidos de que bastará la virtud eficaz del mecanismo cooperativo para asegurar progresivamente el advenimiento de un orden nuevo, a medida que los hombres sean capaces de un poco de imaginación constructiva.

Así, lejos de solicitar del Estado brutales medidas revolucionarias, tanto unos como otros somos evolucionistas convencidos.

2º Asociacionistas y cooperativistas tienen otro rasgo común: todos son, por esencia, pacifistas. Entiéndase pacifistas no solamente desde el punto de vista de las relaciones internacionales —que ya es mucho—, sino también desde el de las relaciones internas entre las clases sociales.

Tanto Carlos Fourier, Carlos Gide y Roberto Owen, como Beatriz Potter, quieren ver reinar la paz lo mismo entre todas las clases sociales que entre todos los pueblos de la tierra. Humanitario, idealista, fundado sobre la justicia y el amor, tal era el bueno y viejo socialismo de antaño.

Su savia cristiana, su inspiración religiosa aparecen en todas partes. Es Saint-Simón, escribiendo en 1825 su *Nouveau Christianisme*; es Bouchez; es Villeneuve de Bourgmont, quienes dan nacimiento al socialismo cristiano, más exactamente, católico; es el dulce soñador Constantin Pecqueur que, en 1844, imaginando un título espléndido, publica su *République de Dieu, pratique immédiate de légalité y de la fraternité univeselles*. El socialismo francés e inglés anterior a 1848 es un complejo donde el elemento religioso juega un papel capital, hasta el punto de que del socialismo premarxista ha podido decirse que es, ante todo, una fe religiosa.

Igualmente humanitaria, idealista, amable, fraternal, se ha mantenido hasta el presente y se mantendrá mañana, estamos convencidos, la doctrina cooperativista.

Paralela es la ambición de asociacionistas y de cooperativistas de hacer la felicidad de todos, de llegar a un socialismo que será universal, porque asegurará el bienestar y la dicha de todas las clases sociales a la vez. Mientras que el marxismo hace del socialismo un movimiento de clases que no debe aprovechar más que a una sola categoría social, tanto el socialismo asociacionista, como el cooperativismo de nuestros días piensan que el orden social podrá ser regulado de manera que sea ventajoso tanto para pobres como para ricos. Nada de más comprensivo, de más universal, hasta de más cósmico, que ambas doctrinas.

3º Otro carácter común al socialismo premarxista y a la doctrina cooperativista: tanto en uno como en la otra, la misma búsqueda de un nuevo principio de reparto de las riquezas.

Mientras que los economistas clásicos juzgaban satisfactoria la actual distribución de los ingresos entre las clases sociales, contentándose de buen grado con lo que llaman la justicia conmutativa, es decir, con lo que resulte de la equivalencia de prestaciones en el cambio, los socialistas cooperativistas son más ambiciosos; aspiran nada menos que a ver realizar la justicia distributiva, o sea la que juzga y toma en cuenta lo que a cada uno debe corresponder, en suma: una verdadera equidad.

¿Cuáles serán los medios para una justicia tan ambiciosa? A este respecto, las fórmulas socialistas varían. Mientras que Saint-Simón proponía la célebre y magnífica frase: "A cada uno según su capacidad; a cada capacidad según sus obras", Luis Blanc decía más simplemente: "A cada uno según sus necesidades"; otros, por último, dicen: "A cada uno según su trabajo", lo que es extremadamente impreciso, porque eso podía significar: "A cada uno según lo penoso del trabajo" o también: "A cada uno según el resultado de su trabajo".

En el fondo, aunque todas estas máximas tienen un interés real, éste es principalmente filosófico, pues no proporcionan ningún criterio práctico para apreciar el monto equitativo de la remuneración de cada uno. El orden cooperativo persigue el mismo fin: democratizar el reparto del ingreso entre las clases sociales, pero esto, no bajo tal o cual fórmula abstracta, sino poniendo en práctica la regla cooperativa fundamental del reembolso de las utilidades al comprador. Como todo el mundo es consumidor, es natural que una sociedad donde todas las utilidades fueran así distribuidas, sería mucho más democrática que la nuestra.

4º En fin, última concordancia esencial: tanto en un campo como en el otro se mantiene la propiedad privada, el espíritu de ahorro, de la iniciativa y del móvil individuales. Sin duda la producción debe socializarse, deberá provenir de vastas agrupaciones económicas que poseerán y administrarán sus bienes en vista del interés general. Sin embargo, el ahorro privado seguirá percibiendo interés y subsistirá la propiedad privada de todos los bienes que sean objetos propios para usos individuales o familiares, es decir, los bienes de consumo.

Cooperativistas y asociacionistas habrían podido suscribir en todos sus términos esta hermosa declaración que Proudhon debía formular un poco más tarde: “El difícil problema que se plantea no es distribuir las fuerzas económicas existentes, sino equilibrarlas. No se trata de suprimir esas verdaderas fuerzas económicas que son la división del trabajo, la fuerza colectiva, la competencia, el crédito, la propiedad y aun la libertad, sino al contrario, de conservarlas todas, pero impidiéndoles hacer daño.”

Establecidas estas concordancias fundamentales entre teóricos de la escuela asociacionista y de la cooperativista, carece de importancia el que haya entre ellos divergencias en cuanto a los medios preconizados. Sin duda Fourier, Owen, Proudhon, han imaginado toda clase de organismos económicos maravillosos, ocupándose de los más minuciosos detalles, pero que presentaban el defecto capital de no ser viables. Felizmente no hay ninguna relación entre esos entes de pura imaginación y nuestras modernas cooperativas. Esas construcciones estafalarias no favorecieron a los teóricos del asociacionismo, sino que acabaron por valerles la reputación de no ser más que visionarios, lo que los ha descalificado y, un poco, ridiculizado. Pero ¿qué importa el “falansterio” de Fourier, su ley de la atracción pasional a causa de la que inmodestamente pensaba haber hecho un descubrimiento tan importante como el de la ley de la gravitación universal de Newton; qué importa su idea de ordenar las pasiones humanas en “series” y de distinguir la cabalista, la mariposa y la compuesta?

¿Qué importa la “Ciudad de Nueva-Harmonía de Roberto Owen”, el Banco de Crédito Gratuito de Proudhon y otras mil locuras igualmente exageradas?

¿Qué importa, en fin, que los mismos autores, sumergiéndose en lo irreal, hayan admitido regímenes monetarios absolutamente imaginarios, como el de la moneda consistente en bonos de trabajo, lo que implica la supresión de toda moneda metálica? Por regla general, todo lo concerniente a medios de realización de los fines económicos que la escuela asociacionista se fijaba, es terriblemente defectuoso. Hay una circunstancia atenuante, que habitualmente no se toma en cuenta a nuestros socialistas idealistas: el miserable estado de atraso en que toda la ciencia económica se encontraba por esa época.

Hasta 1872, época en que tres autores que no tenían ninguna relación entre sí, un francés, León Walras, un inglés, Stanley Jevons, un austriaco, Carlos Menger, por una coincidencia fortuita, muy rara en la historia de las ciencias, publicaron simultáneamente sus respectivas obras maestras sobre el equilibrio de los mercados y la teoría del valor psicológico —lo que fue una revolución—, los economistas habían tenido la convicción de que el valor de todos los objetos se determina únicamente según los gastos de producción de cada uno. Añadiendo los gastos de compra de las materias primas, los del alquiler de tierras e inmuebles utilizados, el interés del dinero inmovilizado, los salarios, se llega al precio de costo de cada mercancía. El dogma del cual se partía llegaba a afirmar la equivalencia necesaria del precio de costo y el precio de venta. Con frecuencia la teoría era aún más estrecha. Haciendo notar que todo objeto, hasta la materia prima, exige en gran parte gastos de mano de obra, los primeros economistas, a la verdad los más célebres, los fundadores, Adam Smith en 1776, Malthus y Ricardo hacia 1830, afirmaron que el sólo elemento constitutivo del valor de todos los objetos es el trabajo, la substancia trabajo absorbida por el objeto. Cuando el precio del mercado no corresponde al monto del salario pagado, hay un error, hay un fraude; la ley natural del valor ha estado alterada por la organización social o la maldad de los hombres.

Sin duda nos resulta difícil comprender que semejantes falsedades, semejantes raciocinios semimetafísicos hayan podido ser venerados durante tanto tiempo, puesto que durante cien años esa fue la teoría tanto para los clásicos, como para los socialistas.

Seguramente que el valor de todos los objetos depende, ante todo, de la necesidad humana. La teoría psicológica del valor deriva directamente de la idea cooperativa de la hegemonía del consumidor, aplicada a la determinación del precio. Es el deseo del hombre, por poco importante o

injustificado que sea, es la conformidad del objeto con nuestras necesidades, verdaderas o falsas, lo único que crea el valor económico. Sin embargo, la mayor o menor rareza del objeto ejerce una influencia directa sobre el precio de éste, porque mientras más numerosos son los ejemplares idénticos de un objeto, más débil es el goce que nos proporciona el último ejemplar consumido. De este modo el precio de costo de un objeto influye indirectamente sobre su valor. Mientras más elevado es el precio de costo de un objeto, menos cuidará el productor de fabricarlo, preocupado como está de recuperar la inversión.

La mayoría de las fantasías que han desacreditado a los socialistas asociacionista no habrían germinado en su fecundo cerebro, si no se hubiesen encontrado lanzados en una falsa pista por esta deplorable teoría del valor-trabajo. Por ejemplo, ¿habría Proudhon pensado que el préstamo de dinero podía ser gratuito si no hubiera creído que el trabajo es el principal, sino el único fundamento del valor? ¿Habría Roberto Owen imaginado la moneda bono-de-trabajo y, en consecuencia, la supresión de la moneda metálica o nuestra moneda fiduciaria actual, si no hubiera estado convencido por Ricardo de que la única causa del valor es la substancia trabajo?

Cuando rechazamos en bloque toda la ideología de los asociacionistas, no solamente no nos remontamos hasta la fuente viva de sus doctrinas, sino que por una quizá demasiado divertida curiosidad, o más bien por una cierta perversidad de espíritu, casi sistemáticamente limitamos el estudio de esos autores al examen de sus excentricidades. Mucho bien haríamos a Proudhon y a Fourier e indirectamente a nosotros mismos, sus lectores, si dejáramos caer en el olvido tanto el banco de crédito gratuito del primero, como la teoría de la atracción pasional del segundo.

Como conclusión de nuestra investigación comprobamos que, en primer lugar, por sus orígenes históricos, movimiento cooperativo y socialismo asociacionista son hermanos gemelos. Es indudable que el mecanismo cooperativo ha sido imaginado, no por los escritores socialistas anteriores a 1848, sino por sus discípulos inmediatos. Así pues, Fourier, Owen, son, como si dijéramos, los inspiradores a la segunda potencia, de nuestras modernas cooperativas.

Por otra parte —y esto es aún más decisivo—, la doctrina cooperativa ha quedado compenetrada en su substancia misma de las ideas inspiradoras del socialismo asociacionista francés e inglés.

Por haber creído que la solución de la organización social de la economía estaba en la asociación espontánea y libre de los interesados, por haber evitado recurrir a la gestión por el Estado, esos autores, tan cri-

ticados en nuestros días desde que el marxismo los ha relegado a la sombra, han abierto nuevas vías.

La evolución contemporánea muestra que si en un número creciente de materias el control del Estado se hace necesario, al mismo tiempo se van diversificando y complicando de día en día todas las producciones. Dada la complejidad y la dificultad, sin cesar crecientes, de la vida industrial y financiera, el Estado moderno está ahora menos capacitado para obtener un rendimiento económico favorable de lo que lo estuvo, por ejemplo, el Estado Francés del tiempo de Luis XIV. Es aquí donde los hombres de nuestro tiempo no parecen prudentes, puesto que multiplican sin cesar las estatizaciones, disminuyendo así la producción nacional y, en consecuencia, su propio nivel de vida. Mas así es. Tarde o temprano los hechos los convencerán de su error y entonces sonará la hora del advenimiento del cooperativismo. Los socialistas de la primera mitad del siglo XIX han tenido, pues, una visión exacta del papel que debería tener el Estado; no se equivocaron al elegir la asociación libre para mejorar la producción económica.

Por haber preferido la colaboración y la ayuda recíprocas entre los hombres, por haber repudiado la lucha de clases, por haber concebido el orden socialista como debiendo beneficiar a todas las clases y no a una sola, por haber amado la libertad por encima de todo, por haber querido que la preocupación de justicia que anima todo socialismo no excluya las libertades privadas y públicas, diremos de Proudhon y Owen, de Fourier y de Luis Blanc, no solamente que hay mucho que perdonarles, sino que hay mucho que admirarles. Es indudable que se han movido como a tientas, a través del mundo económico que conocían tan mal, pero señalaron la finalidad; fueron portadores de una antorcha cuya luz ha llegado hasta nosotros, y si no era esto todo lo que había que hacer, de cualquier modo es ya mucho.

Como ha dicho C. Gide en una de sus más bellas lecciones del Colegio de Francia, el cooperativismo se aproxima tanto al asociacionismo francés anterior a 1848, que hoy no es sino su mejor y más fiel expresión. Tal es también mi opinión. Una vez separada la cizaña del buen grano, el cooperativismo encierra todas las partes sanas y vivientes del viejo socialismo francés e inglés de principios del último siglo.

A los socialistas asociacionistas cabe la gloria de haber sido sus precursores porque, suponiendo que el colectivismo de Estado corresponda al comportamiento pánico de los esclavos, parece que la fórmula cooperativa, el orden cooperativo es, como luego veremos, el fundamento del único orden social compatible con las exigencias de libertad de los pueblos

de occidente. En suma, el orden cooperativo —que no es más que la ampliación de la idea de asociación de Fourier, de Owen, de Proudhon— es, por esencia, el socialismo de nuestros pueblos occidentales. En el momento en que los primeros rasgos del régimen cooperativista comienzan a aparecer, sería una negra ingratitud de nuestra parte olvidar el mérito de nuestros ilustres antecesores.

Estamos seguros de que la generación presente reformará el juicio injusto que sobre ellos se formaron las generaciones que se han sucedido desde 1848. Por lo tanto, en señal de homenaje, deseamos terminar con estas admirables palabras de Carlos Fourier, en que se expresa toda el alma de la escuela asociacionista: “Nosotros queremos un mundo donde todos sean felices, hasta los ricos.”